



Dependencia y vulnerabilidad en la filosofía moral de Alasdair MacIntyre

Dependence and Vulnerability in the moral philosophy of Alasdair MacIntyre



Autor

Javier de la Torre Díaz

Cátedra de Bioética. Universidad Pontificia Comillas

E-mail: jtorre@comillas.edu



Resumen

Todos somos personas dependientes y desde esta limitación y condición humana podemos encontrar algunas intuiciones profundas para comprender mejor la vulnerabilidad como principio de la bioética. Este artículo pretende introducir al concepto de dependencia del filósofo escocés, afincado en Estados Unidos desde 1971, Alasdair MacIntyre en su obra *Animales racionales dependientes*. En la bioética actual necesitamos rehabilitar la importancia de la dependencia en la vida de todos para desde ahí proponer algunas ideas básicas de cara a una mejor comprensión del principio de vulnerabilidad.



Abstract

*We are all dependent persons and from this limitation and human condition we can find some deep insights to better understand vulnerability as a principle of bioethics. This article introduces the concept of dependence as outlined by the Scottish philosopher, settled in the United States since 1971, Alasdair MacIntyre in his work *Dependent Rational Animals*. From this work, we want to rehabilitate the importance of dependency in the life of every living being and we want to propose some basic ideas so as to gain a better understanding of the principle of vulnerability.*



Key words

Dependencia; MacIntyre; vulnerabilidad; bioética.

Dependency; MacIntyre; vulnerability; bioethics.



Fechas

Recibido: 30/08/2017. Aceptado: 18/09/2017



En el ámbito iberoamericano es muy conocido Alasdair MacIntyre por su obra *After Virtue* (MacIntyre, 2007), que supuso un giro en la filosofía moral del siglo XX y una recuperación de Aristóteles, de su teoría de la virtud y de la comunidad moral a nivel mundial. Pero lo cierto es que pocos conocen la profundización que supone para su pensamiento la obra *Animales racionales dependientes* en la que aborda una profunda antropología de la dependencia, la fragilidad y la vulnerabilidad. La argumentación de MacIntyre es compleja por lo que intentaremos ofrecer una sistematización diferente para que pueda ser comprendida mejor por los especialistas en bioética. Dentro de su larga trayectoria (de la Torre, 2001 y 2005) supone una clara integración de la biología y de la corporalidad en su filosofía moral.

MacIntyre parte de una afirmación esencial: todos necesitamos ser cuidados por unos padres

Lo primero que muestra el filósofo escocés es que somos dependientes a lo largo de toda nuestra vida, desde la cuna a la tumba, desde el nacimiento hasta la muerte pasando incluso por la madurez que no puede tampoco esquivar vivir dependiendo de los otros.

1. Necesidad de los padres. La dependencia al principio de la vida

MacIntyre parte de una afirmación esencial: todos necesitamos ser cuidados por unos padres. Pero necesitamos para nuestro crecimiento humano y madurez humana cuidados por unos padres o unas figuras paternas con unas determinadas características:

- a. Padres que sean receptivos a nuestras necesidades de tal manera que el niño se sienta objeto de reconocimiento.
- b. Padres que respondan de forma no destructiva a nuestra destructividad, que no contraatacan.
- c. Padres que tengan coraje, que se muestren fuertes ante las dificultades.
- d. Padres que proporcionen un espacio seguro y que proporcionen confianza.

Todos los buenos padres y madres, por lo tanto, tienen tres cualidades que proporcionan seguridad y reconocimiento al niño en su crecimiento:

- a. Atención permanente: "simplemente porque es su hijo y son exclusivamente responsables de él y responsables ante él de una manera singular" (MacIntyre, 2001, p.109).
- b. Preferencia del interés del otro sobre el interés propio: "no son sus necesidades respecto a su hijo, sino las necesidades del hijo las que han de ser primordiales".
- c. Entrega incondicional: la actitud de los padres ha de ser expresión de la promesa: "Pase lo que pase, yo estaré ahí para ayudarte" (MacIntyre, 2001, p.103).

Estas tres cualidades suponen negarse sistemáticamente a tratar al hijo en proporción a sus cualidades y aptitudes. Proporcionar seguridad y reconocimiento al hijo, que es lo más radical del oficio paterno, requiere que los padres se entreguen a su cuidado al margen de que este sea feo o guapo, enfermizo o saludable, listo o retrasado. Por eso el



buen cuidado paterno se define en parte por referencia a la posibilidad de que los hijos sufran la aflicción de una grave enfermedad, limitación o discapacidad. Los padres que tienen hijos seriamente enfermos y discapacitados tienen que ejercer estas cualidades de manera heroica. Esos padres son el modelo de la buena maternidad o paternidad y ofrecen el ejemplo digno de seguir y la clave para la tarea de todos los padres.

2. Necesitamos de los otros para alcanzar la independencia. El camino hacia la razón independiente

Necesitamos de los otros para evaluar nuestros deseos más elevados o más rastreros, para reconocer varias modalidades de lo bueno en la vida, para llegar a nuestras propias conclusiones en las cuestiones fundamentales

Decía Ortega, con mucha razón, que la autonomía se conjuga después de la dependencia. "Contra lo que pudiera creerse, la primera persona es la última en aparecer" (Ortega, 1961, p.153). La sustancia individual boeciana, la persona, se constituye desde los otros.

Todos necesitamos de los otros para que hagan lo que no podemos hacer por nosotros mismos bien sea en la infancia o en la vejez, en la discapacidad o la enfermedad. Todos alguna vez necesitamos que nos alimenten y nos vistan. Todos necesitamos de los padres, tíos, abuelos o amigos para ser cuidados. Todos necesitamos de los otros para ser protegidos de la enfermedad y las lesiones, de las gripes y rozaduras de la infancia, para identificar los peligros del fuego o la electricidad, para desarrollar las

capacidades lingüísticas pronunciando mejor y conjugando bien los subjuntivos. Todos necesitamos de los otros para mejorar nuestro lenguaje ampliando el vocabulario, para saberlo usar en distintos contextos, para saber que ciertas cosas no se dicen ante las visitas, para recibir estímulos que desarrollen nuestra actividad cerebral, para salir de la inseguridad que engendra ansiedad o miedo ante la nueva clase de este año o las nuevas relaciones con el sexo opuesto.

Necesitamos de los otros para desarrollar diferentes actividades cooperativas como el juego, la medicina o la enseñanza, para descubrir lo bueno que hay en las prácticas profesionales del enseñar, curar o juzgar, para lograr ser justos y solidarios.

Necesitamos de los otros para distanciarnos de nuestros deseos, para aprender que ciertas cosas aunque nos gustan nos hacen daño, como los dulces o los caramelos, y poner límites, para no hacer siempre lo que nos agrada, para dejar a un lado los deseos infantiles. Necesitamos de los otros para despertar el deseo y la pasión por leer, para discutir y dialogar sobre política o religión, para descubrir lo que nos gusta, sea una chica o una carrera universitaria, para descubrir nuestras particularidades, para modificar o rechazar los propios juicios sobre tal personaje político o institución social en los que tiendo a ser un poco unilateral, para reconocer con sinceridad mi dependencia de mi mal humor o de mi vagancia, para confiar en nosotros mismos y estimarnos lo justo, para superar la influencia y presencia excesiva de los padres. Necesitamos de los otros para aprender pronto a participar en un conflicto sin ser destructivo, para evitar los extremos y excesos en el hablar y en el callar, en el ejercicio físico y en el comer, para



La incapacidad para razonar con solidez es una grave discapacidad y un defecto de la independencia de razonamiento y en el camino hacia el desarrollo del razonamiento independiente son esenciales los otros

aprender roles y funciones, para lograr la excelencia en la práctica profesional, para aprender cuándo ser precavido o cuándo arriesgarse, cuándo es necesario un chiste y cuándo un enfado, cuándo es necesaria la audacia y cuándo la paciencia. Necesitamos

de los otros para saber cómo adquirir un carácter afable, para aprender a comportarnos ante los extraños, cuándo ser hospitalario o suspicaz, para conocerse a sí mismos y resistir a los autoengaños y las alabanzas infundadas, para criticar con justeza, para aprender a investigar con rigor. Necesitamos de los otros para evaluar nuestros deseos más elevados o más rastreros, para reconocer varias modalidades de lo bueno en la vida, para llegar a nuestras propias conclusiones en las cuestiones fundamentales (éticas, estéticas, religiosas, etc.), para formar nuestra conciencia y para deliberar sobre medios y acordar ciertos fines.

Resumiendo, podemos afirmar que para desarrollarnos hacia la independencia, necesitamos de los otros desde un punto de vista moral para:

- a. Separarnos o distanciarnos de los deseos, no hacer siempre lo que nos agrada, dejar a un lado deseos más infantiles.
- b. Hacer las cosas porque son buenas: porque lo debía.
- c. Evaluar nuestras razones y deseos para actuar, buscar lo mejor y lo peor en una situación determinada, y en virtud de esa evaluación cambiar las razones para actuar y, por lo tanto, las acciones.
- d. Reconocer varias modalidades de lo bueno.
- e. Ampliar y realizar distintas actividades en distintos contextos en las que adquirimos diversos bienes.
- f. Superar la influencia y presencia excesiva de los padres.
- g. Razonar en la práctica con prudencia, justicia, fortaleza, templanza.
- h. Percibir nuestra particularidad, nuestros deseos.
- i. Llegar a nuestras propias conclusiones, a actuar en conciencia y ser responsables de ellas ante otros.
- j. Evitar los extremos y tener en cuenta las circunstancias (la moderación es distinta en un atleta y en un anciano).
- k. Deliberar sobre los medios, acordar ciertos fines.

Pero, sobre todo, necesitamos a los otros para imaginar distintos futuros alternativos, posibles, en diferentes direcciones, con bienes diferentes. Los otros son necesarios para pasar de una conciencia limitada al presente a una conciencia que incluye un futuro imaginado. Esto es fundamental para el niño, el enfermo y el discapacitado que pueden obtener de su entorno una perspectiva limitada y empobrecida de sus posibilidades futuras. A veces la lesión o la deformidad pueden llevar a considerarlas un hecho de la naturaleza que impide “ver que la superación de los obstáculos derivados de esas aflicciones y li-



mitaciones en buena medida depende no solo de los recursos que posean las personas sino también de la contribución de los demás, de quienes pueden no tener la imaginación suficiente con respecto a las posibilidades futuras” (MacIntyre, 2001, p.93). Necesitamos ser educados en la capacidad para imaginar futuros realistas alternativos para los otros.

La conclusión es clara. La incapacidad para razonar con solidez es una grave discapacidad y un defecto de la independencia de razonamiento y en el camino hacia el desarrollo del razonamiento independiente son esenciales los otros.

3. Necesidad de los otros para mantener la independencia y para no caer en el error

Para MacIntyre, siguiendo la mejor tradición aristotélica, ante estos posibles errores la mejor protección es la amistad y la deliberación en común

Cuando llegamos a ser independientes, lo que suele darse cuando somos adultos, se superan en gran parte las relaciones de dependencia aunque no todas. Hay que reconocer que “durante toda la vida son necesarios los demás” (MacIntyre, 2001, p.115) para razonar moralmente, para imaginar futuros distintos o alternativos (pues la vida cambia y siempre la perspectiva es limitada), para tener un adecuado sentido de sí mismos (pues el tiempo y las circunstancias nos alteran), para alcanzar el bien de uno (que es imposible sin buscar el bien común participando en relaciones-instituciones), para preguntarnos más que debemos hacer (más que tengo yo que hacer), para deliberar, para acordar con otros fines mediante el diálogo, para la crítica y la investigación racional (pues aprendemos a través de relaciones y criticamos desde unos presupuestos que compartimos con otros).

La consecuencia es que la persona independiente necesita instalarse en redes de reciprocidad para mantenerse independiente. Este instalarse en redes con otros tiene que ver con la evitación de errores intelectuales y morales por los que puedo perder mi independencia, ir perdiendo mi autonomía.

Como adultos podemos equivocarnos por errores intelectuales: no estar debidamente informados sobre los detalles concretos de la situación de un enfermo o un alumno, haber pasado por alto los datos que tenía frente a sí por prisa o ligereza, haber confiado excesivamente en alguna generalización infundada de cómo suelen ser las cosas.

También podemos equivocarnos por errores morales: influir en exceso en el desagrado sentido por alguien de otra raza o país, el haber proyectado sobre la situación una fantasía sensual o de temor ante la que no somos totalmente neutrales, no ser suficientemente sensible al sufrimiento de los demás.

Para MacIntyre, siguiendo la mejor tradición aristotélica, ante estos posibles errores la mejor protección es la amistad y la deliberación en común.

Pero el filósofo escocés aclara, con mucha pertinencia, que reconocer como adultos la dependencia de los otros no implica:

- Que en ciertos momentos no podamos tomar decisiones contra el juicio de otros, estar en desacuerdo con los juicios de todos los demás. La independencia de opinión requiere esto, pero siempre harán falta razones excepcionales para hacerlo.



- Que los otros no sean imperfectos: somos educados por imperfectos maestros, criados por imperfectos padres, curados por imperfectos médicos. Muchas veces los otros no han logrado impedir una limitación intelectual, física o psíquica.
- Que los otros a veces no sean un peligro, que haya que temer a algunos otros. Por eso necesitamos protegernos de la negligencia, de la falta de compasión, la estupidez, la codicia y la malicia.
- Que tengamos que aceptar sus peticiones “Usted debería operarse”.

MacIntyre, como bien señala Ricoeur, no cae en la mistificación del tú, del otro. Los otros pueden ser un peligro, ser distintos, ser limitados, etc.

Por todo lo anterior, nuestro autor afirma, en clave hegeliana, que necesitamos más una concepción de la libertad como superación de negatividades que como apertura de posibilidades de elección. La vida plena es la conciencia cada vez más lúcida de sus condicionamientos, es un proceso de conquista de la libertad en mitad de las relaciones y los vínculos. Solo transformando las actitudes y relaciones alcanzamos la independencia. Si no reconocemos con sinceridad y realismo las dependencias y afectos, quedaremos cautivos de esas dependencias, afectos y conflictos. “El reconocimiento de la dependencia es la clave de la independencia” (MacIntyre, 2001, p.103).

4. Reconocimiento de relaciones de reciprocidad. Reciprocidad, dependencia y memoria

La persona independiente frecuentemente, aunque no siempre, está en condiciones de dar a otros que lo necesitan, lo que el mismo necesitó en otro tiempo y tanto le ayudó a desarrollarse

En la vida humana existen patrones de reciprocidad. Incluso los delfines que han recibido cuidados, cuidan a su vez a otros, a veces más allá de su propia especie y ofrecen incluso cuidado a seres humanos (MacIntyre, 2001, pp.35-43; pp.100-101). Nuestra diferencia con los delfines es la posibilidad de entender nuestra identidad a través del tiempo desde la concepción hasta la muerte. Los delfines carecen de la capacidad para mirar retrospectivamente a su primera infancia o de prever el envejecimiento y la muerte. Esta memoria humana, de prever la enfermedad y el envejecimiento, le lleva al ser humano a entender su necesidad de contar con el cuidado de otras personas en diferentes etapas

de su futuro. Sabe que ha recibido atención y cuidado en el pasado, “y sabe que se espera que a su vez preste esos cuidados de vez en cuando; y sabe que habiéndose ocupado de cuidar a otros, tendrá necesidad también de vez en cuando de que los demás le cuiden” (MacIntyre, 2001, p.101).

La persona independiente frecuentemente, aunque no siempre, está en condiciones de dar a otros que lo necesitan, lo que el mismo necesitó en otro tiempo y tanto le ayudó a desarrollarse. El profesional de la salud sabe que ha recibido no solo atención y cuidado en el pasado sino formación y habilidades para la atención y el cuidado, sabe que ha logrado ser lo que es a través de unos padres, una familia, unos profesores, unos



profesionales, unos amigos. Recibimos de unos padres, una familia, unos profesores que “esperan” que se les dará, a su vez, lo que necesitan (MacIntyre, 2001, p.109).

Todas las personas independientes estamos insertas en una red de relaciones de reciprocidad en la cual, generalmente, lo que cada uno puede dar depende en parte de lo que ha recibido y puede dar en gran parte en la misma medida en que ha recibido. Nadie es totalmente activo o pasivo en el amor y el cuidado. Clemente de Alejandría decía

certeramente: “quien da recibe; quien recibe da” (Stromata, 1, II, c. XIX). Lo maternal-paternal no es algo simplemente natural o algo que desciende meramente de arriba hacia abajo sino que es algo circular que crea y es creado. El niño crea a su propia madre, es el creador activo del amor materno. El enfermo crea y sostiene al médico, es el principio activo del desarrollo del médico. El amado crea al enamorado y al amante.

Pero esa estructura básica de moralidad no implica una estricta reciprocidad

Esta reciprocidad dinámica está en todas las tradiciones culturales y religiosas como regla de oro, regla de reciprocidad que habla de una red de relaciones y una estructura básica de moralidad (de la Torre, 2004). Recogemos las más importantes:

- “Lo que a ti mismo te contraría, no lo hagas al prójimo; he aquí toda la ley, el resto no son sino comentarios” (Talmud, Sabbat, 31).
- “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Levítico 19,18).
- “No hagas a los otros lo que no quieras que te hagan a ti” (Rabino Hillel, 60 a.C.-1 d.C.).
- “Este es en verdad el amor más grande: lo que no quieras para ti, no lo hagas a los demás seres humanos” (Confucio, Analectas, XV, 23).
- “Esto es lo sumo del deber: no hagas a los demás lo que a ti no te gustaría” (Mahabharata, 5, 1517).

Pero esa estructura básica de moralidad no implica una estricta reciprocidad (como si se tratara de pagar algo por lo debido). No es la reciprocidad jurídica del *do ut des* sino algo mucho más esencial y existencial que casi todos comprendemos perfectamente:

- Pues podemos estar llamados a dar a otros de los que recibimos (que no son de la familia o grupo de amigos). El profesional de la salud da a otros diferentes de los que ha recibido su atención, cuidado, formación, etc.
- Puede ser que sea algo mayor y más exigente (o menos). Recibí poco cariño de mis padres y ahora tengo un hijo con una discapacidad grave que requiere toda mi atención y cariño.
- A veces lo que se recibe y lo que se da es inconmensurable (no hay modo de comparar). ¿Cómo comparar el sacrificio de una madre por su hijo con la atención de un adulto a su padre anciano postrado en cama o con la atención de un médico a sus pacientes? Las mediciones en este ámbito son difíciles.
- Las personas reconocemos lo recibido, con quién estamos en deuda pero a menudo no se sabe a quién tendrá que dar. El futuro no puede programarse.



- Tampoco podemos saber que necesitarán, no se puede establecer por adelantado. No es posible prever el futuro. No sabemos si envejecerá bien mi esposa o mis padres.
- Ante quienes padecen o han sufrido grave enfermedad o discapacidad podemos decir: podría haber sido yo. La buena suerte o mala suerte de otros podría haber sido la mía (MacIntyre, 2001, pp.119-121).

Esta estructura dinámica de reciprocidad fundamenta el que los seres humanos independientes estemos en deuda. Las relaciones que nos mantienen autónomos son de tal naturaleza que estamos en deuda desde un principio. Por eso la persona independiente reconoce “estar en deuda”. Se debe porque se ha recibido. Se reconoce responsabilidad ante la familia, ante la sociedad, los amigos. Se reconoce que se les debe algo. Este reconocimiento del recibir-deber genera redes de reciprocidad.

5. La insuficiencia del paradigma utilitarista para afrontar la dependencia

La persona independiente utilitarista mantiene una relación exclusivamente de negociación-contractual con el dependiente

Este modelo es el opuesto al propuesto por la tradición utilitarista para el cual lo bueno es maximizar la satisfacción de sus preferencias. La cooperación con el otro es solo un medio para conseguir el bien individual. Por eso el modelo y la persona utilitarista se pregunta en qué condiciones es racional cooperar con los otros y solo acepta las restricciones que maximizan sus preferencias.

Aunque la persona independiente forma parte de una familia y de unas relaciones, afirma con claridad que él no escogió nacer de esos padres ni tener esos maestros. Lo que le han dado es porque quisieron. No aplica el concepto de deuda a ninguna relación o transacción que no haya sido asumida voluntariamente. Toda persona es libre de calcular qué es lo mejor según su interés, y es libre para elegir los vínculos afectivos que vaya a establecer con los otros. No debe nada a nadie en principio y solo debe a aquellos que ha aceptado deber voluntariamente a cambio de algo.

Por lo tanto, para la persona independiente utilitarista solo caben dos tipos de relaciones: a) de negociación regidas por la teoría de la elección racional; b) de simpatía, de vinculaciones afectivas voluntariamente aceptadas.

La relación con el enfermo, con el dependiente, con el que sufre depende de simpatías afectivas, del tipo de afecto y simpatía que uno sienta y si uno busca cultivar esos sentimientos. La razón, para el utilitarista, no ofrece ninguna orientación para las simpatías. Esta es la manera de pensar y actuar dominante en economía, en política y en muchos individuos. La persona independiente utilitarista mantiene una relación exclusivamente de negociación-contractual con el dependiente. Solo actúa hasta donde está obligado. En lo demás depende de la simpatía y de su voluntariedad, de la evaluación individual (MacIntyre, 2001, pp.134-136).



Pero esta explicación es inadecuada e inconsistente para describir las relaciones sociales. En formas de vida más o menos duraderas, ambos tipos de relación (negociación y simpatía) están incrustadas en un conjunto de relaciones de reciprocidad. Además el afecto y la simpatía solo podemos controlarlos en cierta medida y a largo plazo, pues el afecto y la simpatía que debemos a personas concretas como a los hijos y los padres, a los que sufren y a los amigos, no es tan fácil elegirlos. Los afectos tienen raíces muy hondas. No hay que olvidar que el afecto y la simpatía del hogar, de la amistad, de los padres, de la pareja influirán en el afecto y simpatía que uno tenga en la relación profesional y en las relaciones humanas. Las relaciones de intercambio o contractuales están insertas también en relaciones regidas por normas de reciprocidad imposibles de calcular o predecir. No se puede dejar a un lado a un enfermo simplemente porque se está fuera de servicio. No hay puras relaciones de negociación entre hombres. Incluso las relaciones de mercado presuponen en una medida importante la vigencia de normas de reciprocidad no calculada, cierta transparencia y confianza. No en vano el mercado era no solo un lugar de intercambio sino un lugar de encuentro (MacIntyre, 2001, pp.137-139).

Tabla 1. Reciprocidad & Utilitarismo

Reciprocidad	Utilitarismo
En deuda	No existe deuda (si no la asume voluntariamente)
Incondicionalidad	Condiciones cooperación
Afecto y reciprocidad	Primacía negociación sobre simpatía
Vinculación originaria	Elección vínculos
De todos se aprende	Los discapacitados no aportan. Simpatía...

6. La limitación de la ética kantiana y la justa generosidad

El puro deber es una limitación moral ante la dependencia y fragilidad del otro. Actuar por deber, por imperativo, sin ausencia de motivo implica una carencia, una falla moral

La persona independiente reconoce deberes, responsabilidades, vínculos con la familia, la sociedad y otros difícilmente reducibles a las ideas de justicia o de generosidad. Ni la justicia pura, ni la generosidad pura nos valen para describir esa “deuda” o vinculación. Por eso las personas adultas necesitamos, por lo tanto, una justa generosidad –una correcta articulación de ambas–, que no es otra cosa para MacIntyre que actuar con una consideración atenta y afectuosa ante el otro. La justa generosidad requiere que se actúe a partir de la consideración afectuosa. No tener la inclinación a actuar así es siempre un indicio de un defecto o limitación moral, de una incapacidad para actuar como se debe. Por eso, actuar

“por deber y conforme al deber” cuando uno reconoce en sí la ausencia del motivo que hacía falta, hacerlo por sentido del deber es una limitación moral. El puro deber es una limitación moral ante la dependencia y fragilidad del otro. Actuar por deber, por imperativo,



sin ausencia de motivo implica una carencia, una falla moral. La persona independiente puramente kantiana es un mal modelo moral. Por eso es necesario cultivar la disposición para actuar conforme a ciertos sentimientos. Hay que educar los afectos, las simpatías, las inclinaciones; de ahí lo esencial que es cultivar, ejercitar disposiciones para sentir. No es del todo cierto que sobre los afectos no se manda.

La justa generosidad está caracterizada por llevarnos más allá de lo individual, lo familiar y la propia comunidad social o cultural

Entre las inclinaciones a cultivar hay que destacar la misericordia que implica ante todo la consideración hacia una necesidad urgente y extrema, sin importar la persona. La clase de necesidad y el grado de necesidad dictan lo que debe hacerse y no quién sea el que la padece. La atención prestada será proporcional a la necesidad y no a la relación que se tenga con quien la padece. Por este motivo se necesita la actitud que actúa y no solo la capacidad de sentir. El sentimiento sin la actuación guiada por la razón se transforma en sentimentalismo, que es también una señal de fracaso moral (MacIntyre, 2001, p.146). La necesidad extrema y urgente del

otro proporciona en sí misma una razón para actuar más sólida incluso que las exigencias impuestas por los lazos familiares. La actitud misericordiosa va más allá de los límites de la vida comunitaria, de lo familiar, de lo individual. Pues la misericordia es esencial ante la necesidad grave y urgente, es fundamental para el individuo y la comunidad que las personas independientes sientan la necesidad del otro como propia. Solo así darán lo que necesita. La misericordia y la generosidad rompen los muros de la sangre y del grupo y reconocen al otro con la misma relación que se tiene con otros miembros de la comunidad familiar o social. Supone ampliar las relaciones comunitarias, incluir a esos otros.

Esta perspectiva presupone un vínculo anterior, un sentir que podría ser yo el necesitado, un sentir compartiendo una común humanidad. Es una generosidad concreta, no genérica ni abstracta. Por eso, poner en duda si hay que actuar ante una necesidad urgente, pensarlo es un error moral. Pedir justificaciones ante una necesidad urgente y extrema supone un error. Esto implica que no todo es criticable. La crítica no puede poner en peligro el mutuo reconocimiento, no se puede poner en entredicho su dignidad.

La justa generosidad está caracterizada por llevarnos más allá de lo individual, lo familiar y la propia comunidad social o cultural. Normalmente la generosidad la ejercemos entre personas que pertenecen a la misma comunidad, pero cada vez más las personas pertenecen a más de una comunidad, cada vez salimos y entramos en diferentes comunidades (movilidad social, laboral, familiar, etc.), cada vez es más importante el papel del "extraño" que llega casualmente y al que se debe hospitalidad solo porque es extraño. La hospitalidad es un deber que implica inclinaciones naturales pues debe ejercerse con diligencia y desinteresadamente. Sófocles con el pastor que no mata al niño Edipo o Mencio al afirmar que "todos los seres humanos poseen una mente que no soporta ver el sufrimiento de los demás" son ejemplos paradigmáticos. Si ante niño que cae en un pozo no reaccionamos ante la urgente e imperiosa necesidad, carecemos de humanidad (MacIntyre, 2001, pp.145-146).

El puro deber es una limitación pero la pura generosidad también puede destrozarnos como personas. Por eso MacIntyre señala con gran sensatez que la justa generosidad requiere un cierto cálculo pues las personas independientes, por ejemplo, se encuen-



tran en una relación de trabajo dentro de una institución que les permite disponer de recursos para atender al paciente pero que también deben tener en cuenta la limitación de esos recursos dentro de la institución. Por eso si no ahorra, y solo consume, cuando llegue el momento de la necesidad urgente, puede carecer de los recursos necesarios para ayudar. Por eso, debido a que existen miembros pasivos con discapacidad extrema que no pueden hablar o no lo hacen de forma inteligible, que sufren pero no actúan, se requiere una entrega no condicionada ante la necesidad y discapacidad extrema. De ahí que sea necesario una economía de ahorro y un criterio de justicia para discriminar al dar a la vez que conservamos la generosidad ante lo urgente y más necesario (lo cual es un criterio de justicia).

7. La limitación de la ética del *megalopsychos* aristotélico y la importancia de saber recibir

Los ricos, por esta autosuficiencia, suelen no tener las virtudes del recibir

La generosidad y la compasión son importantes pero en la vida también hay que saber recibir, ser cortés hacia quien da con poca elegancia o ser paciente hacia quien no da lo suficiente. Saber recibir nos ayuda a evitar la ilusión de la autosuficiencia típica de los ricos y los poderosos que olvidan siempre lo recibido y recuerdan lo concedido y que por ello resultan excluidos de cierto tipo de relaciones comunitarias. No saben ni pueden vivir

en la reciprocidad moral del saber dar y recibir. Esta actitud es la del *megalopsychos* aristotélico que olvida lo recibido y recuerda lo concedido: “se siente avergonzado de recibir favores, porque es señal de superioridad conceder favores y de inferioridad recibirlos” (EN 1124b, 9-10). Los ricos, por esta autosuficiencia, suelen no tener las virtudes del recibir (MacIntyre, 2001, p.149).

La dependencia es acogida absoluta, es saberse limitado para poder crecer, es sentirse frágil y “abrirse” a la posibilidad de curación y acogida. Por eso la dependencia no es una pasividad sino una apertura a una posibilidad de encuentro y comunión. Pablo d’Ors en su novela *Sendino se muere* comienza con unas palabras de la Dra. África Sendino: “He dedicado mi vida a ayudar a los demás, pero no he podido marcharme de este mundo sin dejarme ayudar por ellos. Dejarse ayudar supone un nivel espiritual muy superior al del simple ayudar. Porque si ayudar a los demás es bueno, mejor es ser ocasión para que los demás nos ayuden. Sí, lo más difícil de este mundo es aprender a ser necesitado” (d’Ors, 2012). Por este motivo ser dependiente es tener la capacidad (no incapacidad) de “acoger” y “recibir” todo en su pureza y salir al encuentro al otro.

8. Las relaciones que saben integrar la dependencia

Fruto de esta confrontación con la tradición kantiana, aristotélica y utilitarista, como ha hecho en profundidad en otras obras MacIntyre (1990), nace una caracterización de la persona humana en relación con la dependencia muy sugerente para la bioética. Con



MacIntyre, podemos caracterizar la vida humana como dependiente desde su inicio hasta el fin, como siempre abierta a los otros y con unas relaciones regidas por la justa generosidad y el saber recibir que pueden ser descritas como:

- Relaciones que involucran afectos.
- No reducidas a relaciones de largo plazo.
- Incluyen la hospitalidad y la misericordia ante una necesidad urgente.
- Fuera de todo cálculo pues no hay en la vida una proporcionalidad exacta.
- Relaciones que requieren una entrega incondicional y una atención justa.

Por lo tanto la dependencia caracteriza no solo una antropología más esencialista –seres dependientes– sino una antropología relacional, un modo de vivir con los otros y en los otros. Esto tiene unas repercusiones muy importantes para la bioética también en su relación con los enfermos, los dependientes, los discapacitados.

9. Las relaciones entre la persona independiente y la persona dependiente

Las relaciones de reciprocidad se hacen esenciales ante la incapacidad del Estado y la familia para desarrollar plenas relaciones de reciprocidad y de justa generosidad

MacIntyre no se queda en el intimismo de las relaciones yo-tú. Hay un nivel de justicia y de instituciones que es necesario abordar. En las instituciones en ocasiones coexisten relaciones de reciprocidad y relaciones de jerarquía. Lo peor, desde el punto de vista moral, es que las reglas de reciprocidad se subordinen a los propósitos del poder y lo mejor es establecer una distribución de poder que permita al poder servir a los fines de las reglas de reciprocidad (MacIntyre, 2001, p.123).

Incorporar a las relaciones reciprocidad (y nuestras dependencias) en la institución supone asegurar que todos los miembros tengan acceso a la deliberación (preguntas, objeción, argumentos), procedimientos de toma de decisiones aceptados por todos, que todos tengan voz (propia o de sus representantes) pues todos experimentamos enfermedad o dependencia de un modo impredecible en algún momento de la vida y es esencial que las necesidades padecidas sean adecuadamente expresadas y atendidas como interés de toda la sociedad y no solo como interés particular. ¿Es posible un poder y una jerarquía al servicio de la reciprocidad en la relación?

Las relaciones de reciprocidad se hacen esenciales ante la incapacidad del Estado y la familia para desarrollar plenas relaciones de reciprocidad y de justa generosidad (MacIntyre, 2001, p.155). El Estado se rige por una serie de acuerdos económicos y sociales más o menos en conflicto que limitan su atención a determinadas necesidades urgentes (MacIntyre, 2001, pp.155-157). La familia, por otro lado, muy raramente es autosuficiente y solo florece cuando el entorno social florece pues depende del trabajo, la escuela, el hospital, la justicia, la parroquia. Esto hace que muchas familias no sean autosuficientes y sientan que no pueden afrontar ciertas situaciones de extrema dependencia y vulnerabilidad (MacIntyre, 2001, pp.158-159).



La relación persona independiente-dependiente crea un vínculo capaz de reconocer la independencia y la dependencia. La relación se estructura sobre la idea de justicia lo cual implica luchar contra la desigualdad extrema que genera oposición y conflicto, contra un paternalismo fuerte o despótico. Esto configura una relación mezcla de independencia y dependencia, de igualdad y desigualdad.

La relación dependiente-independiente constituye una comunidad deliberativa. Esta relación de justa generosidad necesita la deliberación común para no corromperse por la estrechez de miras, la complacencia, el prejuicio contra el extraño. En la relación, los dos deliberan y llegan a ciertos acuerdos y unidad de principios. Las personas independientes tienen voz y las dependientes la voz de sus representantes y amigos. Desde esa comunidad deliberativa se identifican los bienes individuales y comunes y en ese debate comunitario *ad intra* y con otros se van descubriendo errores y limitaciones a la vez que se va uno conociendo a sí mismo.

Pero el ejercicio colectivo de la deliberación es siempre imperfecto. Por eso no hay que poner tanta atención en los errores cometidos y las limitaciones sino en la capacidad de corregir los errores y limitaciones. Somos productos de una historia y lo importante es la dirección de esa historia. Si la dirección es correcta y la comunidad está bien ordenada, todos tendrán interés en contribuir aunque puede haber intereses en conflicto. Lo esencial es estructurarse de forma que las desigualdades no sean muy grandes pues la desigualdad tiende a producir conflictos y hace difícil que los seres humanos entiendan sus relaciones dentro de una tarea común. Por eso la comunidad debe incorporar relaciones de reciprocidad.

10. De toda persona se puede aprender algo

Hablar por otro implica ser una persona independiente que ha reducido el deseo infantil de agradar a otros o la necesidad inconsciente de aprobación, que supera la búsqueda incesante de desacuerdo

Esta relación constituye una pequeña comunidad fundada en la consideración hacia todo individuo al margen de sus capacidades o discapacidades, su salud o enfermedad. Esto supone reconocer que toda persona puede enseñar algo a los demás tanto sobre el bien común de la medicina como sobre cada uno. Algo además que no puede aprenderse de otra manera. Supone un respeto que no depende de capacidades, acciones, habilidades. Toda persona, enfermo o discapacitado, merece un cuidado atento.

Esta comunidad incorpora representantes y amigos de enfermos-pacientes-dependientes. Hablar por otro implica en cierto sentido una amistad, un conocimiento desde hace tiempo, ser capaz de entender lo que ha sido bueno para él, ser capaz de contar su historia, qué bienes busca o buscaba. Esta relación es distinta a la de los padres e hijos pues los padres pueden hacer sus propios juicios sobre lo que es bueno para el hijo en la infancia. Hablar por otro implica ser una persona independiente que ha reducido el deseo infantil de agradar a otros o la necesidad inconsciente de aprobación, que supera la búsqueda incesante de desacuerdo, que evita distorsiones o selecciones arbitrarias olvidando los



aspectos significativos de la deliberación, que es capaz de interiorizar el punto de vista del otro, de dialogar, que es capaz de entenderse a uno mismo, etc. Implica, sobre todo, ser veraz sin jactancia ni menosprecio. Esa es la virtud de los representantes aunque todos seamos representantes muy imperfectos.

Esta experiencia de descubrir más allá de las apariencias, la belleza y el coraje de los dependientes y discapacitados, lleva claramente a una relación no paternalista con los otros

MacIntyre repite que de todos podemos aprender algo. Incluso ante el enfermo con un rostro hinchado, lleno de cicatrices, que tiene un aspecto horroroso y repugnante, podemos aprender que hay que evitar tanto el error de fingir que el otro no tiene un aspecto horrible, como el de prestar tanta atención a su aspecto que no pueda relacionarse racionalmente con él.

Enfrentarnos a estas dificultades con mis dependencias y con las dependencias de los otros nos ayuda a comprender el valor que asignamos a una apariencia agradable en los otros o en nosotros, al dolor, la enfermedad o la muerte en los otros y nuestras vidas. Mediante la introspección o la reflexión podemos darnos cuenta que en nuestra vida solemos dar más peso al razonamiento de la persona que lo manifiesta con un tono de voz y una expresión agradables, al que habla bien vestido que al postrado en una cama. Por eso hay que aprender a evaluar las cualidades personales y los razonamientos, disociando la evaluación del aspecto físico o la salud. Las personas independientes descubren en el enfermo y el discapacitado que a pesar de que se sienten independientes no son capaces de distanciarse de sus sentimientos de desagrado, repugnancia y hasta horror ante la visión de la apariencia de ciertos rostros, ante la alteración del sufrimiento y el misterio de la muerte. En la relación con la dependencia descubren que no han juzgado críticamente esos sentimientos, que no tienen un adecuado conocimiento de sí mismos porque no han descubierto que sus juicios son influidos por esos sentimientos.

Y todavía más importante, con el tiempo descubren que esos errores derivan del entorno social y que para liberarse de ellos es necesario transformar ese entorno y a uno mismo. Descubren, entonces, que viven en un entorno de imagen, superficialidad que margina a los enfermos y los discapacitados, que convierte a la muerte en tabú y que no tolera la enfermedad. El problema de fondo que van intuyendo es la naturaleza y los límites de lo agradable y saludable, de dejarse seducir por su atractivo y subestimar otras cualidades. Por eso, una vez hemos dejado de ser cautivados por la apariencia y la salud podremos ser capaces de entender el coraje de los que tienen que sobreponerse a la aflicción producida por la enfermedad, la cercanía de la muerte o la discapacidad. Y así podremos entender la importancia del reconocimiento de la dependencia y ejercitarlas cuando alguien sufra una enfermedad.

Y aunque MacIntyre no lo expresa explícitamente, esta experiencia de descubrir más allá de las apariencias, la belleza y el coraje de los dependientes y discapacitados, lleva claramente a una relación no paternalista con los otros, lleva a una relación de aprendizaje del profesional de la salud y de todo hombre, a una relación en que en la dependencia del otro me revela mis limitaciones y estas me hacen inclinarme, servir e incluso arrodillarme ante el otro.



11. Las relaciones nietzscheanas

El problema hoy en día son las personas independientes que no reconocen la dependencia. No todo se puede poner en duda. Los compromisos impiden ciertas críticas si participamos en relaciones de reciprocidad y en comunidades que buscan la salud. Por eso es un error pedir una justificación ante una necesidad urgente y extrema. Hay que actuar sin pensar en ninguna justificación más allá de la necesidad. No se puede dudar de lo que se tiene que dar. La crítica no puede poner en peligro el mutuo reconocimiento que es la base de la deliberación. La crítica no puede ir contra el prestigio de una persona o poner en entredicho el reconocimiento. Por eso la deliberación solo es posible dentro de compromisos morales compartidos de veracidad, justicia, apertura. Se trata de verse a sí y a los otros como miembros insertos en relaciones de reciprocidad, en relaciones de cuasi amistad.

Pero hoy hay personas independientes nietzscheanas, que como el filósofo alemán, parecen afirmar conscientemente que los demás carecen de valor y que consideran la moralidad de los otros llena de ilusiones. La reacción es el aislamiento de todos los compromisos que exigen reconocer la dependencia. Entienden, como Nietzsche, que la compasión es la debilidad del animal humano gregario, que la compasión es una enfermedad debilitante. La compasión afirma Nietzsche “conserva lo que está maduro para perecer; defiende a los desheredados y condenados de la vida; a través de la abundancia de los malformados de todas las clases que *retiene* en vida y le da a la vida misma un aspecto sombrío y dudoso” (*El Anticristo*). Para estas personas es difícil evitar los vínculos de obligaciones que no nacen de la voluntad de uno mismo. Esto exige una dureza y una condición de acero como aparece en su conocida obra *Así habló Zaratustra*. La compasión desvía del propio camino y no cabe ningún reconocimiento de la dependencia y la debilidad. La enfermedad solo es valiosa pues puede exigir una gran fuerza de voluntad y autosuficiencia y puede hacerme fuerte. Pero lo que se aprende es que solo soy responsable ante mí mismo. Para Nietzsche yo soy el juez y el vengador de mi propia ley. En este mundo, a diferencia del aristotélico, no cabe la amistad. “En el amigo se debe tener el mejor enemigo” llega a decir el filósofo alemán. Nietzsche representa el repudio constante y sistemático de la dependencia y, por supuesto, del bien común. Todo es consciente o inconscientemente “voluntad de poder”. No hay investigación en común sino confrontación explícita o disfrazada. No hay lenguaje común, solo máscaras (MacIntyre, 2001, pp.191-195).

Reconocimiento	Aislamiento
Todos tienen valor	Los demás carecen de valor
Comprometido en redes	Cortados los compromisos
Misericordia es humanidad	Compasión es enfermedad
Consideración afectuosa	Condición de acero
Aprendizaje enfermedad	Responsable solo de mí
Amistad lo más necesario	La oposición, separación
Deliberación moral	Voluntad de poder
Investigación	Confrontación crítica
Lenguaje común	Máscaras, ironía



12. Dependencia y vulnerabilidad

Todos dependemos de los otros más de lo que pensamos. No es fácil aceptar hoy esta tesis en nuestras sociedades del siglo XXI. Lo que hemos pretendido demostrar con este artículo es que esta relación esencial con el otro dependiente y vulnerable no puede ser caracterizada adecuadamente en términos de la tradición utilitarista, kantiana o nietzscheana. Tampoco nos sirve la arrogancia aristocrática aristotélica, centrada exclusivamente en el dar desde la superioridad. La auténtica relación humana que integra sanamente la dependencia es la que reconoce que se vive y se desarrolla siempre en medio de unas redes de reciprocidad que vienen del pasado (de los padres, de la familia, de los amigos, de los profesores, de los compañeros de profesión, etc.) que nos han hecho cada vez más independientes y que nos llevan como a adultos a reconocer no solo la dependencia sino a que estamos en deuda con otros. Este reconocimiento de la dependencia y este estar en deuda conlleva que una tarea esencial de todo ser humano

es el cuidado y cultivo, una consideración afectuosa con el otro más dependiente y más necesitado, una atención profunda y misericordiosa ante el dolor y la enfermedad y un “profesar” estar al servicio del bien del otro dependiente y necesitado por encima de las consideraciones del poder y del dinero.

Estos vínculos o ligaduras nos involucran en una relación de deliberación moral con y por el otro necesitado y dependiente, en la que se enseña y aprende, se cura y es curado, se es paternal y horizontal, se es generoso y se recibe hospitalidad. Es una relación circular, es auténtica relación de ida y vuelta, de dar y recibir mutuamente. Por eso el ser humano comprometido, ligado, involucrado, implicado con el bien integral del otro, concreto, limitado y dependiente es el auténtico ser humano independiente. Esto es lo opuesto a la indiferencia solitaria, al falso respeto, la distancia reflexiva, la independencia aislada. Solo si el independiente, o solo si nuestra parte independiente, se inclina ante la dependencia y reconoce la dependencia podrá mantenerse y

desarrollarse. Solo así el independiente podrá descubrir que tras muchas dependencias y muchas limitaciones, discapacidades, deformidades, fracasos se encuentran personas con enorme valor, fuerza, coraje, belleza de las cuales el independiente puede aprender y compartir mucho.

Todos estos rasgos son una sugerencia para repensar el principio de vulnerabilidad que, como MacIntyre expresa magistralmente, hace referencia a una relación con el otro más allá de la utilidad, del deber, de la voluntad de poder o de la arrogancia (de la Torre, 2017). La vulnerabilidad supone no reprimir, ni negar, ni esconder, sino cultivar, cuidar, mejorar, fomentar, reconocer esa consideración, esa inclinación afectuosa y generosa ante el otro que tiene sus raíces en el cuidado que hemos recibido y que nos hace siempre estar abiertos al otro, en deuda con el otro y que posibilitan una experiencia de encuentro, de diálogo, de simpatía, de deliberación, especialmente con el otro dependiente y discapacitado sin paternalismos, sin racionalismos, sin emotivismos.

Solo así el independiente podrá descubrir que tras muchas dependencias y muchas limitaciones, discapacidades, deformidades, fracasos se encuentran personas con enorme valor, fuerza, coraje, belleza de las cuales el independiente puede aprender y compartir mucho



Pero también esa apertura al otro puede ser un riesgo, una aventura, una amenaza, una explotación, una manipulación, una debilidad. Hoy todos estamos más cerca de todos con la globalización, pero no siempre esta cercanía se convierte en comprensión, diálogo y solidaridad. Por eso todos somos dependientes (interdependientes) y vulnerables. Ante la herida abierta, el otro puede calcular su interés, puede preguntarse paralizante si debe acercarse y vendar mis heridas o puede afirmar que la compasión es una debilidad y una enfermedad. No siempre la actitud ante el otro dependiente es la simpatía, la compasión, la misericordia. MacIntyre así describe magistralmente no solo la vulnerabilidad humana en clave de dependencia sino también los fundamentos morales de muchos que vulneran la dignidad humana.

13. Bibliografía

- MacIntyre, A. (1999). *Dependent Rational Animals: Why Human Beings Need the Virtues*. Illinois: The Paul Carus Lectures. Open Court. (Trad. esp.: *Animales racionales dependientes*. Barcelona: Paidós, 2001).
- MacIntyre, A. (1990). *Three Rival Versions of Moral Inquire. Encyclopaedia, Genealogy, and Tradition*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.
- MacIntyre, A. (2007). *After Virtue. A Study of Moral Theory* (3º Ed.). Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.
- Ors, P. d' (2012). *Sendino se muere*. Madrid: Fragmenta editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1961). *Obras completas*, VII. Madrid: Taurus.
- Torre Díaz, F. J. de la (2001). *El modelo diálogo intercultural en Alasdair MacIntyre*. Madrid: Dykinson.
- Torre Díaz, F. J. de la (2004). *Derribar las fronteras. Ética mundial, pluralismo y diálogo interreligioso*. Bilbao y Madrid: Desclée de Brouwer y Universidad Pontificia Comillas.
- Torre Díaz, F. J. de la (2005). *Alasdair MacIntyre ¿Un crítico del liberalismo?* Madrid: Dykinson.
- Torre Díaz, F. J. de la (2017). Vulnerabilidad. La profundidad de un principio de la bioética, perspectiva teológica. *Belo Horizonte*, 49 (1) 155-176.